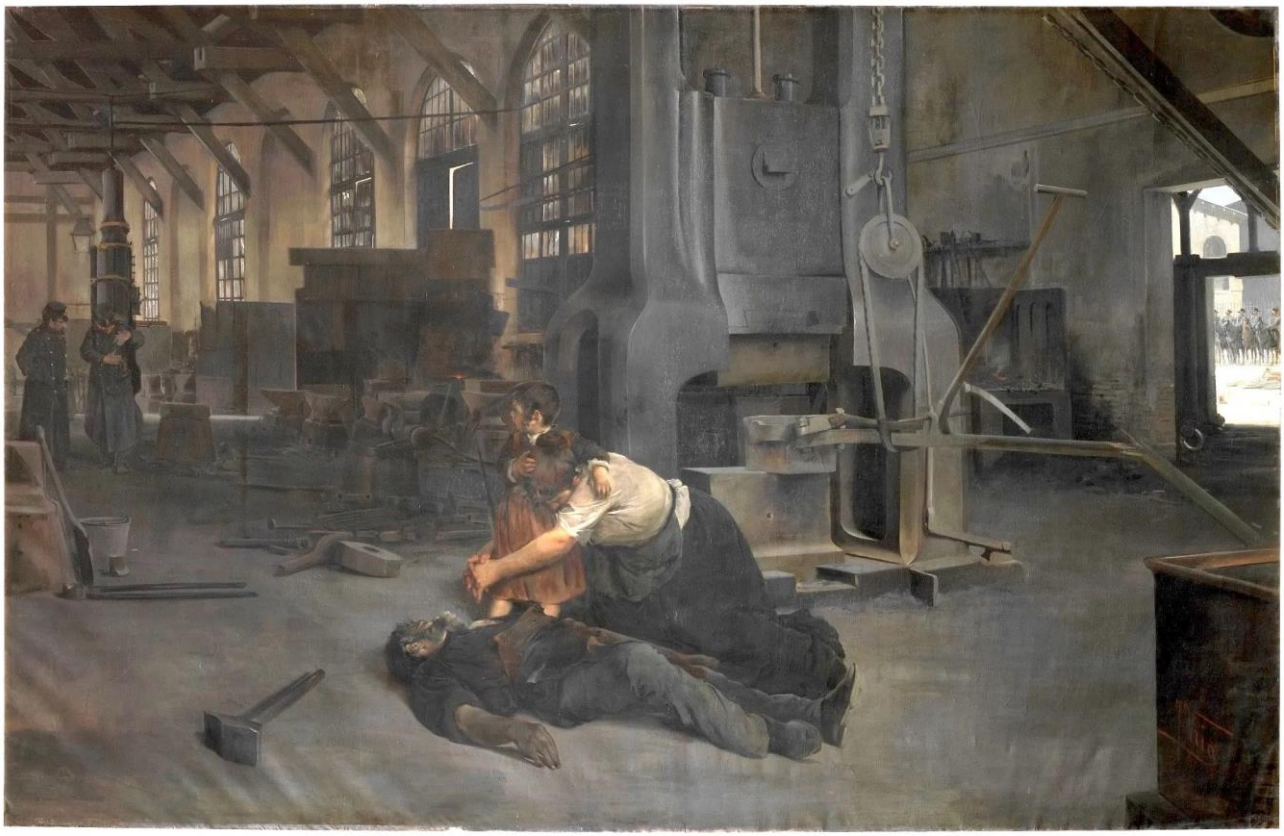
POEMAS MUSEO DE BELLAS ARTES



Después de una huelga (José Uría y Uría).

Abrazada al futuro sin consuelo
una mujer llora la rabia del pasado,
dando por perdido todo lo soñado
y por soñado todo lo perdido.

Atrapada entre la fuerza del orden
rendida por el orden de la fuerza.
una maza busca al brazo muerto
que le dio vida y brío a la esperanza.

Pero el futuro es una niña que nos mira
desafiando al uniforme del olvido.
Una mano en la frente de su madre,
la otra sobre el hombro ya vencido.
Tan pequeña y ya sabe que el dolor
es tan solo un alto en la derrota,
para fortalecer el brazo que retome
la maza de la dignidad y su sonido.

Niños corriendo por la playa (Joaquín Sorolla).

Tú que buscas la mano que te sigue,
tú que sonríes a todas las miradas,
tú que corres desnudo contra el viento,
te mira el mar,
pisas el agua.

No hay mayor fortaleza que el recuerdo,
entre el color de la luz y de su playa.
En él podrás pintar olas inmensas
con los pinceles de estos días
en la orilla eterna de tu infancia.

El sueño (Léonard Tsuguharu Foujita).

TOBOGÁN DE BELLEZA

Por el tobogán de tus montañas sagradas
la belleza es manantial,
loma,
luz de octubre
y sueño cenital de primavera.
Cualquier caminante desea elevarse
hacia la altura sutil de tu
sonrisa
buscando un leve descanso
sobre la piel insumisa de unos hombros jaspeados.
La belleza sabe de ti y se sabe,
y así nos hace sabios cuando podemos mirar
y encontrarnos en ella
para decirte,
que es decir en ti.

El Lazarillo de Tormes (Luis Menéndez Pidal).

En una mano el pan,
en la otra el vino
sueña con la vida que no ve.

Mayestático imagina un lugar
en el que otros ojos lo miran
mientras beben de la jarra que sujeta
y comen del pan que su mano conserva.

Ciega es la mirada de la injusticia,
los ojos del hambre y del destino.
Ciego es quien no recibe
la luz anónima
de las letras sin padre.

País de flores (Joaquín Mir)

LA LENGUA DE LAS FLORES

¡Que planea sobre todo, y sabe sin esfuerzo,

la lengua de las flores y de las cosas mudas!

CHARLES BAUDELAIRE

Los pétalos que yacen en el pudridero,
las yemas que no pudieron ser,
los brotes marchitados por la lluvia,
dan cuenta del silencio de las flores.
Pero su imperecedera lengua,
llena de serenidad nuestras congojas
y de arrojo las cansadas arrugas cada día.
La resistencia del filamento
promete otro nuevo otoño que verán
muchos ojos temerosos y perplejos.
Nada podrá contra el lenguaje de las flores.
Aunque el desorbitado corte de su tallo
colme de peristilos moribundos
la superficie regada por el sol,
la savia siempre vuelve a circular
por los intermitentes vasos de la vida.

Retrato de la familia Sánchez de Larragoiti (Ramón Casas)

CASAS DE MUÑECAS

Una niña asoma la cabeza por el marco del lienzo.
Otra, la más pequeña,
mira al pintor abstraída en los rápidos movientos
del pincel y sus cabriolas cromáticas.
Su muñeca duerme
o tal vez piensa cuál es su papel escenográfico.
Él, un señor en ciernes,
el aprendiz de adolescente
con su corbata y su libro mira al infinito en diagonal.
La madre de pie
acomodando el retrato de las flores.

Todos los bodegones familiares se parecen.
Mujeres y manjares.
Hombres y solemnidades.
Días y flores.
Naturaleza muerta que resucita al olor del óleo
y cuenta vidas inquietadas por tanta quietud.

María Luisa en el jardín (Mariano Fortuny)

FLORES DE ARENA

Las flores son arena y los niños son hojas.

LUIS CERNUDA

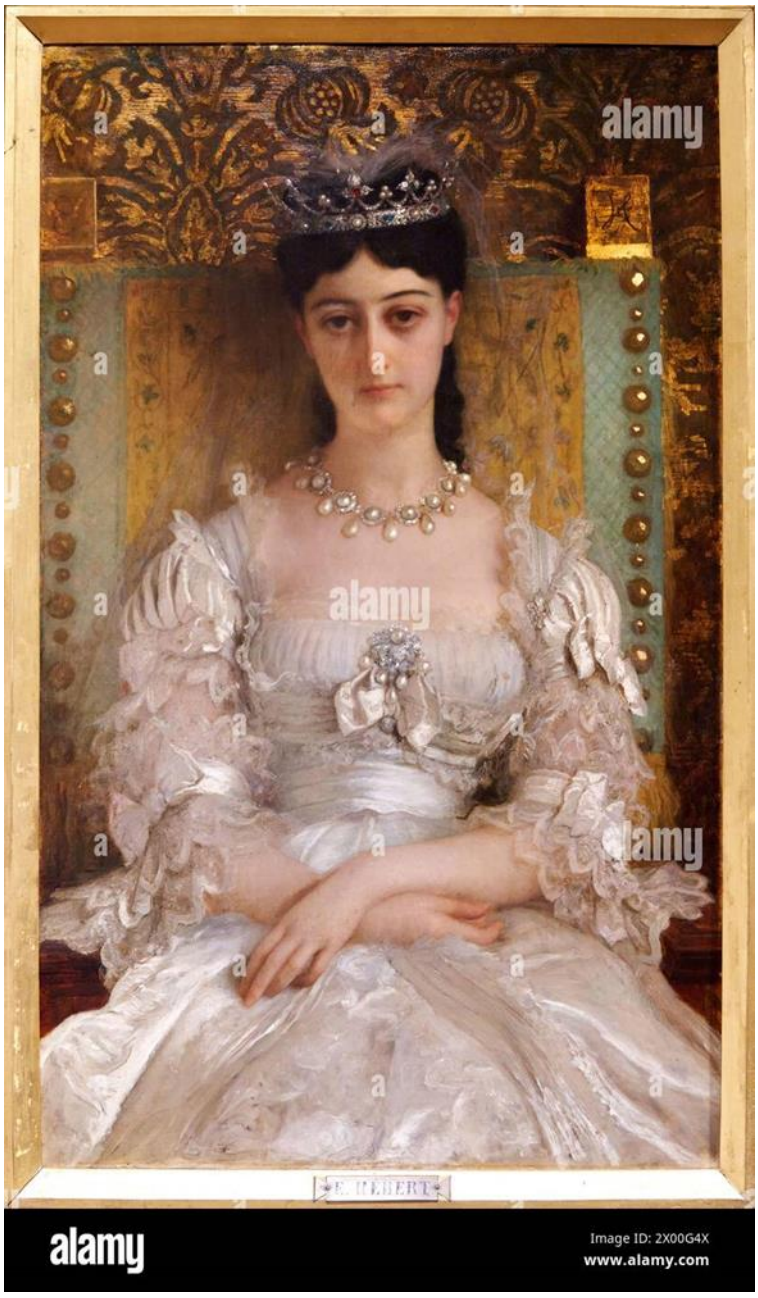
Como un cuadro inacabado
el viento dibuja la alegría
con su rebozo húmedo de arena.
Han crecido flores en el mar
y las olas de hierba cubren los parques.
En el salón al aire libre
se celebra un nuevo baile de máscaras
amenizado
por la orquesta ramificada de los pájaros.
Nunca el suelo deseó tanto el alborozo de las huellas,
entre el techo celeste y la hojarasca.
En el nuevo lienzo,
los pinceles son dos ojos desbordados
que mezclan el color de la distancia
y el sabor de los sueños intocables.
La primavera es una niña que coge flores
para recordar lo que ya era:
una hoja en el mar, una ola en la tierra.

Transportando la uva. Jávea (Joaquín Sorolla)

Qué soledad la de Baco
sin la tela del morral
o la calidez del saco
que guarda con suave tino
lo que luego será vino
y pulpa en el paladar.

Que no hay posible patricio
ni oratoria en un festín
sin la obra y el oficio
de un plebeyo esforzado
que transporta con cuidado
el fruto de su trajín.

Sin el rostro del obrero
sin el sol meridional
sin la sombra del sombrero
sin el sudor del trabajo
sin la labor del de abajo
no hay empíreo terrenal.



Julia de Dominé y Desmaisières (Ernest Hébert).

Un triángulo,

en medio de la paz,

une sus manos

que alcanzó la cima de alguna pirámide truncada.

La rebelión del silencio sobre los hombros

prosigue la lucha hablada,

únicamente,

en el idioma cambiante de la elipse

que se rodea a sí misma

sin saber nada de la grafía que la oprime.

Buena pesca (Joaquín Sorolla)

Dos bueyes aran el mar,
arrastrando barca y vela
empujados por las olas
llevan en su carga, a solas
el fruto del faenar.

De escaramujo vestidas
las mujeres afanosas
colocan del mar las rosas
en las canastas fruncidas.

Sobre el azul navegando
brillan luces de alegría,
la pesca de un solo día
como en la fragua el martillo
es el impulso sencillo
para seguir faenando.

Retrato de Jovellanos en el arenal de San Lorenzo (Francisco de Goya).

Viajero del arte y de la ciencia
pensamiento en pálpito alumbrando
certezas que, ilustradas, van creando
sueños de razón y de conciencia.

Escoltado por el mar de la decencia
pisas el arenal de suelo blando,
afable y confiado vas dejando
la luz del porvenir y de su esencia.

Y sobre el arcoiris de tu vida
un color intenso pinta el alba
con el sonido invencible de una nota:

la sinfonía del saber va sostenida
por la razón invencible que la salva
por la encendida palabra en la que brota.

Recogiendo la manzana (Nicanor Piñole)

De la andecha del verano
de la discordia cortada
del Paraíso cercano
de la alegría soñada.

De la tarea y la unión
de la lluvia por llegar
de la ribera del mar
de la ganada ocasión.

De su sabor dulce y suave
de su corazón frutal
nace el ensueño otoñal
pues quien la probó, lo sabe.

Florinda, José Robles

A veces un cuadro crea a quien lo mira.
A veces del lienzo aflora un poema de trazos luminosos.
En el color norte de sus ojos
anida la determinación
de una resplandeciente melancolía.
De la forma sur de sus labios
brota la floresta
hacia las manos que sujetan la vida que se da.
Florinda no mira el mundo, lo construye
y su mirada oblicua nos entrega
la distancia angular de nuestra esperanza.
La latitud de la belleza reside
en la eterna simplicidad
de una niña que nos pinta con sus colores.